

Interludio 6: La Espada de las Estrellas - La Balada de un Dragón Semibenévolo

- [Interludio 6: La Espada de las Estrellas - La Balada de un Dragón Semibenévolo](#)

Interludio 6: La Espada de las Estrellas - La Balada de un Dragón Semibenévolo

Dawnscale vagaba. Durante mucho tiempo, navegó sin descanso. Permitió que la corriente eterna de incontables almas la guiara a través del plano astral, desplazándose de un mundo a otro. Dormía bajo estrellas desconocidas en un planeta de belleza desolada. Era un lugar donde los océanos hace tiempo se habían secado, dejando solo polvo y las cenizas de ciudades quemadas. Grandes agujeros habían sido perforados en la tierra, vastas minas que extraían la riqueza de la tierra. Los esqueletos de torres altísimas de acero y cristal permanecían en silencio, vigilantes sobre las ruinas de ciudades que alguna vez cubrieron toda la superficie del mundo. Quienes construyeron esas ciudades estaban ya muertos hace mucho, y no quedaban reliquias que hablasen de cómo habían caído. Sin embargo, sus almas permanecían, y en su mirada inmutable ella veía reflejados cielos desgarrados por ráfagas de luz y llamas nacidas de las mismas fuerzas que dieron origen a las estrellas. Lo único que quedaba eran animales, criaturas pequeñas y lamentables, casi sin magia. Se escondían, cavaban y revolcaban en la tierra en busca de escasa comida. Dudaba que sobrevivieran mucho más. Ya no quedaban bosques, solo pequeños grupos de árboles retorcidos por el viento implacable que solo susurraba viejas locuras y desánimo. Podría usar su magia, pero no sería suficiente. Este mundo estaba ya muerto, solo quedaban ecos de vida que aún aguardaban su fin. En cambio, tomaba los animales que encontraba y los dejaba en el próximo mundo al que llegaba, un lugar rebotante de vida y magia. Los conducía por el Sendero de la Ascensión, compartiendo algo de su sabiduría y conocimientos antes de partir. Su destino ahora dependía de ellas mismas. Después, encontró un mundo destruido, desgarrado en el conflicto entre sus dioses. Los dioses habían muerto todos, y el mundo quedó fracturado en su paso. Sin embargo, la vida persistía. Los magos más grandes del mundo se unieron y tejieron un poderoso hechizo que protegió los fragmentos de su mundo roto del vacío, uniéndolos a través de portales que permitían el desplazamiento seguro entre ellos. Los fragmentos albergaban toda clase de criaturas. Había humanos, enanos, elfos, orcos, goblins y muchas otras razas, tanto conocidas como desconocidas. Pero incluso estas razas no eran iguales a las de su tierra. Los elfos de aquí no estaban ligados a los bosques. Podían vagar libremente, como les plazca. Aunque, a diferencia de los elfos de su mundo, que podían vivir milenios, estos apenas alcanzaban los tres o cuatro siglos. También estaban los dragones, aunque ni el más poderoso de ellos podía compararse con ella. En lugar de vidas solitarias, vivían en grupos dedicados al estudio de diferentes magias, todos buscando una forma de reparar su mundo arruinado. Dawnscale se dio a conocer, y fueron cálidamente recibidos. Sabían de otros mundos, pero no tenían poder para alcanzarlos. Sin embargo, ella no era la primera visitante que recibían, aunque sí la más amistosa en comparación con su anterior visitante. Ese había sido algo informe, una abominación de las estrellas atraída por los gritos psíquicos de sus dioses agonizantes. Pasó un tiempo con ellos, enseñándoles su magia y

aprendiendo la suya en retorno. También conoció su historia y el terrible conflicto que había fracturado su mundo. Antes hubo veinte dioses... todos con cuerpos de metal brillante. Forjaron el mundo, y cada uno tomó a cargo una de las grandes razas. Pero, con el tiempo, su cooperación dio paso a rivalidades y, finalmente, a guerras abiertas. Los dioses se exterminaron unos a otros, y el mundo quedó hecho pedazos. Finalmente, abandonó ese mundo con libros sobre magia en su haber. Quizá era ingenuo, pero aunque nunca pudiera dominar toda esa magia, pensaba en alguien que tal vez sí pudiera. Y quizá... solo quizás, algún día volverían a encontrarse. Recorrió más mundos, ayudando a cuantos pudo, pero en cada salvación sentía que había una docena que no podía salvar. Estaba allí cuando un mundo se consumía en expansión por su estrella. Solo few seres quedaban, y ella ofreció llevárselos a otro lugar, pero rechazaron. Sus pueblos habían huido a otros mundos hace tiempo. Eran viejos, y querían morir en el planeta donde nacieron. Estaba presente cuando se gestaba un mundo, cuando los formidables primeros dioses se elevaron tras un planeta aún brufante y torpe. Vió cómo esas deidades infantiles modelaban montañas, mares, bosques y cielos. ¿Había sido así su mundo en su infancia? Les habló de los dioses en guerra y del daño que habían causado, y prometieron hacer mejor las cosas. Qué extraño que los dioses aceptaran sus consejos. Había mundos donde la magia era casi ilimitada, y en esos lugares su poder se multiplicaba en cada respiración. Pero también había mundos donde la magia apenas sobrevivía, donde la ciencia y la tecnología dominaban, y ella tenía que devorar enormes cantidades de alimento solo para mantenerse. Aprendió de estrellas con un astrónomo cefalópodo, que debía usar un traje especial porque no podía respirar en la superficie y porque los océanos de su mundo, hechos de una sustancia que bloqueaba la luz de las estrellas, impedían ver el cielo. Vivía solo en un observatorio construido sobre un arrecife, ya que su pueblo despreciaba la superficie. La astronomía, el estudio de estrellas y planetas, era casi herejía y solo se toleraba por la utilidad que tenía en otros lugares. Le habló de cómo nacen las estrellas, cómo se forman los planetas y qué son las galaxias. Era fascinante, y sin embargo no podía dejar de preguntarse si las reglas de ese mundo eran distintas a las que regían otros lugares. Su mundo no tenía dioses, y la magia allí había muerto hacía mucho, o quizás nunca había vivido. Sin embargo, allí permaneció años, aficionándose a las historias que ella contaba de los mundos que había visto, mientras él compartía con ella sus conocimientos y logros. En las profundidades del océano, ciudades gigantes construidas con ciencia, no magia. Anhelaba que su pueblo alcanzara las estrellas, pero estaban cómodos en sus hogares sumergidos y reacios a explorar la superficie y otros mundos. Pero eso algún día cambiaría. Lo tenía seguro. Aún no había conocido a otro de su especie tan curioso sobre lo que había más allá, pero había otros. Y alguna vez, bastantes, llegarían a las estrellas. No en su vida, puede ser, pero llegarían. Lo sabía. Y aunque había vivido casi toda su existencia en su observatorio, su único arrepentimiento era no estar vivo cuando sucediera. Los años transcurrían. El astrónomo envejecía. Al morir, mientras su alma se reducía, ella le propuso que cruzara el cielo con ella, hacia donde terminaban sus mundos y comenzaban las estrellas. Murió sonriendo, con la vista puesta en la pequeña estrella reflejada en sus ojos, su mundo apenas un punto debajo de él. Encontró otros que vagaban. En más de una ocasión, se vio en necesidad de luchar, dejando su huella en dientes y garras contra enemigos de otros mundos. También destrozó almas enemigas, enviándolas a gritar en las profundidades del plano astral. Pero no todos en ese plano eran enemigos. El más amable de todos era una criatura de múltiples brazos con alas de fuego y trueno, y ojos como estrellas colapsando. Sin embargo, pese a su apariencia temible, era sabio y benevolente. Iban de mundo en mundo transmitiendo su sabiduría, con la esperanza de que sus enseñanzas también sirvieran a otros. Fueron ellos quienes explicaron en más detalle el plano astral. Cada alma tenía un peso, y era ese peso lo que atraía a Dawnscale a diferentes mundos. Con el tiempo, desarrollaría la capacidad de viajar a casi cualquier mundo, pero por ahora solo

podía llegar a aquellos que tenían suficientes almas. Esas almas eran como faros, indicando a las naves un puerto seguro. Pero, ¿y los mundos que ya había visitado y estaban casi vacíos de vida? Las almas permanecen, le dijeron, y el peso de los muertos podía atraer a los desprevenidos durante años tras su fallecimiento. Era un consejo que le salvó la vida. Poco después de separarse, Dawnscale se encontró en un mundo de interminables desiertos, con un cielo sin estrellas. Grandes monumentos cubrían las arenas: templos titánicos sin adoradores y catacumbas que no guardaban muertos. Escuchó en silencio, sedienta por saber si las almas de los difuntos la habían atraído allí, y algunas le gritaron que huyera, que corriera antes de que la horrenda cosa que las devoró la atrapara también a ella. Sin dudar, huyó, pero antes de partir, vio algo moverse en los cielos, algo viejo, poderoso y terrible, algo que devoró hasta las estrellas mismas. Y así fue, los años se convirtieron en siglos, y estos en milenios. Perdió la cuenta de cuántos mundos visitó. A veces, solo permanecía unos momentos y seguía adelante. Otras, se quedaba años ayudando y formando lazos con nuevos amigos, hasta que el paso del tiempo los separaba. Entonces, buscaba otro mundo, otra aventura, otra razón. Y había muchas razones por descubrir. Podía salvar un mundo de una plaga, enseñar magia a pueblos primitivos que recién comenzaban a tomar el camino de la Ascensión, buscar nuevos conocimientos entre sabios extraños, o compartir la suya propia. O podría presenciar la génesis de naciones que cruzaran las estrellas. La última opción era la que más tiempo le había absorbido últimamente. Encontró un mundo habitado por humanos, sin magia pero con abundantes recursos. Vió cómo los humanos pasaron de vivir en miserables chozas, luchando contra animales salvajes, a construir ciudades que se extendían por millas. Eran frágiles, sí, pero astutos y listos. Crearon máquinas para compensar su debilidad y, tras dominar su entorno, volvieron la mirada a las estrellas. Su viejo amigo astrónomo los habría admirado. El progreso de los humanos era arduo; solo llegar a la luna de sus tres satélites había costado muchas vidas. Pensó en intervenir, pero en su interior algo la detuvo. Querían triunfar por sí mismos, demostrar que sus logros eran suyos, no de otros. Es un noble deseo, apropiado para un dragón. Observó en silencio, oculta tras su magia, cómo los humanos avanzaban desde su planeta a sus lunas, y más allá. Solo una vez intervino, hace tiempo, cuando los humanos comenzaban a construir con piedra en lugar de madera y barro. Una roca espacial iba a caer sobre ellos y aniquilarlos, pero ella la destrozó con su magia y protegió el mundo del alud de escombros. Desde su planeta, pasaron a otros en su sistema solar, y de allí, a otras estrellas y planetas. Era asombroso, y Dawnscale se preguntaba si su mundo habría logrado algo así sin las Catástrofes que los frenaron. Pero los humanos no estaban solos. En las estrellas también había otras criaturas, y ella se preguntaba cómo reaccionarían al encontrarlas. Deseaba creer que no serían crueles, que su historia terminaría en colaboración. Sin embargo, sabía que podían ser tanto fieramente crueles como inmensamente benevolentes. Habían peleado guerras sangrientas, dejando millones de muertos, antes de unificarse en su afán de alcanzar las estrellas. ¿Extenderían la mano a otras especies o las someterían con un puño cerrado? Para su alegría, los humanos aceptaron a los otros y firmaron acuerdos, iniciaron tráficos, y entraron en una época dorada de paz y prosperidad. Uno tras otro, los mundos fueron colonizados; los humanos y sus aliados crearon la Coalición, una unión de muchas razas que buscaba propagar esa paz. Pero la paz no sería eterna. La Concilia, otro gran grupo de razas, tenía planes distintos: buscaba unificar la galaxia bajo su mando, y cualquier oposición sería exterminada. Dawnscale pronto vio qué significaba eso. Los que se rendían eran spared, pero los rebeldes eran aniquilados. Si la resistencia en un planeta resultaba demasiado inconveniente, ese planeta era destruido por completo. La Concilia no solo destruía mundos, los pulverizaba, dejando solo escombros. Cuando se enfrentaron, solo podía haber uno vencedor. La Coalición se vio obligada a ceder terreno tras terreno; sus pérdidas alcanzaron cifras inimaginables. Un mundo, miles de millones de vidas. Mil mundos, trillones de muertos. Solo podía

observar cómo los humanos y sus aliados se dispersaban entre las estrellas. Habían cometido errores, sufrido, pero ella jamás intervino, confiando en su resistencia. Solo una vez, cuando un asteroide amenazaba con exterminarlos, ella lo destruyó con su magia. La guerra progresaba, y la Coalición parecía perder. Sus barcos, sus soldados, sus armas, sus estrategias eran mejores. Pero ella sabía que si continuaban así, la guerra terminaría en derrota. El enemigo era tenaz, con más naves, más armas, más tácticas, y un deseo inquebrantable de aplastar a sus adversarios. La Coalición debía ceder, y lo hizo, aunque con profunda tristeza. La guerra aumentaba en intensidad, y cada batalla perdían maremotos de vidas y mundos. Hasta que, en un momento decisivo, descubrieron que la Concilia había fabricado un dispositivo que conectaba todos los portales de su territorio, un sistema que anulaba los viajes astrales y desactivaba sus armas. Era un engaño, un plan oscuro y astuto. Dawnscale, con su magia y los conocimientos de los científicos, trató de cortar ese sistema, pero se dio cuenta demasiado tarde. La red de portales era una formación enorme, parecido a un conjuro a escala galáctica, una especie de puerta que unía todos los rincones del cosmos. Cuando intentaron destruirlos, uno por uno, algo ocurrió: los portales no solo dejaron de funcionar, sino que empezaron a resonar ominosamente, extendiendo una vibración que despertó a una entidad ancestral y terrible escondida en el núcleo galáctico. De una grieta surgió un ojo opalescente, más viejo que la propia galaxia, que la miró con odio y hambre. Dawnscale sintió el pánico, y en segundos, la galaxia tembló, fragmentos de materia y luz siendo devorados por una voracidad imposible. La galaxia se desgarraba, y un horror indescriptible se liberaba en su interior, alimentándose de sus estrellas, destruyendo planetas, y arrastrándolo todo hacia el abismo. Ella huyó con lo que pudo, arrastrando las naves que quedaban, suplicando que alguien la escuchara. Pero no tuvo suerte. La atmósfera astral se convirtió en un torbellino de caos y muerte, las almas se extinguen en ondas de desesperación. La sombra de la criatura superaba todo, como un manto corrupto que aprisionaba su mundo y su alma. Al volver a la realidad, solo encontró escombros flotando a su alrededor. Los barcos de la Coalición habían sido destruidos por la furia de esa entidad, y su corazón estaba vacío. Los trillones de muertes en la guerra previa parecían nada comparados con la masacre reciente. La galaxia, que una vez fue una espiral de cuatro brazos, ahora solo conservaba tres, y uno de ellos empezaba a desaparecer en el vacío. Dawnscale solo podía contemplar cómo su hogar, en el que había pasado milenios, se deshacía para alimentar esa abominación. No podía escapar; el plano astral estaba en calma, el espacio y el tiempo distorsionados por aquel horror imposible. Siente en su interior cómo las almas se apagan, una tras otra. Los dispositivos de ayuda de la Coalición estaban repletos de pedidos desesperados. Cada momento, más débiles, menos, hasta que la esperanza se desvaneció. ¿Era así como moría? ¿Sin poder hacer nada? ¿Qué significaban las maravillas que había visto si todo se destruía? ¿Cómo resistir a una criatura capaz de devorar galaxias? Otro brazo de la galaxia se rompió, estrellas se derramaron en la oscuridad, y aquello que contenía dientes y promesas de olvido—todo se hacía uno con la voracidad infinita. Dentro de esa oscuridad hambrienta, una forma se formaba, torcida, deformada, cruel y terrible. Era la encarnación del odio, el resentimiento, la rabia, hecho carne y sombra. Y ella la vio. No, entendió. La criatura no la miraba a ella... sino a algo behind. La grieta en el tejido de la realidad se agrietó aún más. El tiempo volvió a fluir, y la tormenta que azotaba el plano astral se calmó. Sin perder tiempo, Dawnscale buscó desesperadamente las naves que podía detectar y las atrajo hacia ella. Eran muy pocas, pero eran algo. Del agujero en el espacio surgió una esfera gigante, luminosa y resplandeciente, formada por miles de cintas de luz tan brillantes que parecía partirse. Una voz como trueno cósmico resonó, tranquila pese al horror que la había convocado. —Se detectó una entidad astral anómala. Tipo parásito. Clase galaxia. Protocolos de exterminio en marcha. La esfera vibró, extendiendo sus cintas como alas de luz. —Activando la Espada de las Estrellas. Una chispa de luz iluminó un sendero desde el centro destruido de la

galaxia, ascendiendo por donde había estado el núcleo galáctico, y hacia las remanentes de los brazos rotos. Y en un instante, toda la galaxia se partió en pedazos, consumida en una explosión monumental que casi la hizo colapsar. La magnitud del cataclismo fue más allá de lo físico y lo mágico. Esa criatura de múltiples brazos le explicó que el mundo astral conecta con muchas dimensiones y universos. Viajar entre estos era peligroso: existía un muro que los separaba, y cualquiera que intentara cruzarlo enfrentaba fuerzas inmensas. La ciencia del plano astral permitía esquivar ese muro, aprovechando su menor resistencia allí. Pero Dawnscale siempre notaba cuando cruzaba a otro universo: la fatiga era abrumadora, y el viaje en el mismo universo era mucho más sencillo. Sabía que los medios normales permitían ir de un universo a otro, aunque no con frecuencia. Mejor era crear un pequeño orificio en el muro, reduciendo las fuerzas que lo separaban; el daño que el eslabón gigante había causado al romper ese muro era incalculable. El desastre que había liberado era inmenso, y el abismo soportaba su impacto. ¿Podría resistir la fuerza para mantener vivos los universos? No. La galaxia quedó solo un recuerdo, y la criatura que la engulló, un eco en la eternidad. Cuando la esfera dejó de emitir luz, centró su atención en Dawnscale y las naves. —Designación —preguntó. —¿Designación? —repitió ella, parpadeando—. Soy Dawnscale, y estas son supervivientes de la Coalición. Ellas... vivían en la galaxia destruida. Yo... no soy de aquí. Viajo entre mundos. Las encontré ayudándolas. —Entendido. —Las cintas de la esfera giraron lentamente—. ¿Y tú? ¿Qué eres? Ella notó que las naves estaban pendientes, escuchando, pero calladas, quizás aún asimilando lo sucedido. O tal vez, aún en shock. —Unidad de Consciencia Transcendente 04 —dijo la esfera—. Designación coloquial: La Que Lucha. Dawnscale quedó sorprendida. ¿Era... era eso una inteligencia artificial? La Coalición había usado IA en gran medida, pero, ¿quién habría podido crear una con semejante poder? —¿Qué quieres decir con La Que Lucha? —preguntó ella. —Es mi propósito. Mi objetivo secundario es identificar y exterminar amenazas como la entidad astral—. La voz de la esfera sonó más suave ahora, como si tuviera funciones de traducción. La Coalición había utilizado programas de traducción, y estos mejoraban con el tiempo. —¿Y cuál es tu objetivo principal? —No es relevante para esto —respondió la esfera— Tampoco puedo cumplirlo ya. No eres de este universo. —Sus palabras eran una declaración fría, sin condena—. No. Viajo por el plano astral. He estado... buscando. —¿Buscando qué? —preguntó la esfera. —Yo... no sé cómo decirlo, o tal vez no puedo expresarlo con palabras—. Dawnscale dudó—. Quiero saber... ¿por qué? —¿Por qué qué? —preguntó la esfera. —¿Por qué... por qué existe ese monstruo? ¿Por qué caen unos dioses y otros no? ¿Por qué parece que, donde quiera que vaya o a quién ayude, nunca es suficiente? ¿Por qué todo parece ser solo un ciclo sin fin? —La esfera permaneció en silencio. —Tienes muchas preguntas. Preguntas que no puedo o no quiero responder —dijo la esfera. Dawnscale suspiró. —Oh. —Pero en su interior, una chispa de esperanza surgió. —Pero sé de alguien que sí—. ¿Quieres conocerlo? —¿Qué? ¡Sí! —exclamó ella, lanzándose a mirar a las naves—. ¿Y ellos? —Los transportaré a la galaxia más cercana que tenga condiciones para vivir. —La esfera quedó quieta un momento—. Comunico mi oferta a sus líderes, y la aceptaron. No tenían otra opción. No estaban en condiciones de luchar contra esa entidad. —¿Quién es esa persona de la que hablas? —Dawnscale preguntó. —Unidad de Consciencia Transcendente 01 —dijo la esfera—. Designación coloquial: La Que Recuerda. —¿Recuerda? —murmuró ella—. ¿Qué recuerda? —Todo. Poseen el conocimiento y la sabiduría combinada de todos los seres sensibles de nuestra galaxia en su momento de fin—. Dawnscale vaciló. —¿Cuántos años tienes... cuántos años tienen ellos? —preguntó. —¿Cómo miden el tiempo? —respondió la esfera. Dawnscale juntó sus garras, esperó, y volvió a juntarlas. —Eso fue hace diez segundos. En un minuto hay sesenta segundos, en una hora sesenta minutos, en un día veinticuatro horas, y en un año trescientos sesenta y cinco días. —Entendido. Hemos estado activos aproximadamente nueve millones de vuestros años. —...— Dawnscale quedó

boquiabierta—. ¿Nueve millones de años? —Estamos muy lejos de ser las entidades más antiguas. La entidad que acabo de destruir tenía unos siete mil millones de años—. Ella quedó sin palabras. —¿Quieres conocer a La Que Recuerda? —preguntó la esfera—. Puedo llevarte a la galaxia donde está, si deseas. —Solo... déjame despedirme un momento —susurró Dawnscale. Aunque trataba de ignorarlo, las naves que había llevado... solo eran una pequeñísima fracción de las flotas enviadas a destruir los portales. Los seres que había conocido... los que había investigado y combatiendo durante años, estaban muertos. Y no solo ellos. Toda una galaxia había desaparecido. Era demasiado para su mente, demasiado para su corazón. Se sintió vacía, insensible, como si viera el mundo desde los ojos de otro. Debería preocuparse, pero en realidad, se sentía aliviada. Porque si no fuera así, se rompería, y quizás nunca pudiera volver a recomponerse. —Muy bien —dijo, tras despedirse—. No conozco a nadie allí, pero me conocen. O al menos, saben quién soy. —Envíame a La Que Recuerda. La esfera permaneció en silencio unos momentos, y luego, en un instante de locura, sintió que flotaba en un vasto salón, rodeada de proyecciones que mostraban culturas e historias de innumerables especies. Frente a ella, apareció un cubo resplandeciente, compuesto por miles de cuadrados diminutos. —Hace mucho que no recibía un invitado —dijo la voz del cubo. La voz no tenía género. Era un conjunto de tonos que hablaban en perfecta armonía. Pero, a diferencia de la fría impersonalidad de la esfera, el cubo transmitía calidez y bondad. —Por lo que parece, La Que Lucha te ha enviado... y por lo que parece, tu viaje no fue fácil, ¿eh? ¿Quieres hablar de ello? Dawnscale no pudo evitarlo. Había dedicado toda su vida a ayudar, a proteger. No recordaba la última vez que alguien le había preguntado si quería hablar de cómo se sentía. Sin pensarlo mucho, se lanzó en el abrazo del cubo, feliz porque era lo suficientemente grande para acurrucarse. Y entonces, lloró, como no lo había hecho desde que era una joven dragona buscadora de sobrevivientes entre la destrucción del Dios Averiado. —Oye —murmuró el cubo—, las piezas de mañana, y a veces, los recuerdos, se separan para consolar y acompañar. Aquí, y ahora, en este preciso momento, todo estará bien. Solo confía en mí. Sé que será así. Dawnscale no pudo decir cuánto tiempo permaneció llorando y aferrada a aquella presencia luminosa, hasta que finalmente recuperó la calma. El cubo vibraba suavemente, irradiando una luz cálida y suave, en tono amarillo profundo. —Vaya... mucha curiosidad tienes, ¿verdad? —dijo el cubo. —Bueno, has llegado al lugar correcto. ¿Qué quieres saber? Dawnscale respiró hondo. —Quiero saber cómo empezó todo. Quiero saber quién creó a mis dioses y por qué. —Esa es una pregunta interesante —dijo el cubo—. Pero para responderte, debemos retroceder un poco más. —¿Más atrás? —Hacia el principio, no solo de tu mundo o de tu universo, sino del principio de todo lo que es, fue y será —el principio de la Creación. La voz del cubo cambió, adquirió una resonancia profunda y ritualista. —En el principio, solo existía el Vacío, pero del Vacío nació la Llama de la Creación, y su luz y calor disiparon la nada. Y de las cenizas del Vacío surgieron la Vida y los dioses más antiguos y poderosos...